

tradas señoritas de la ciudad, sentadas en semicírculo en sillas adornadas con guirnaldas de rosas. Por la tarde tuve el gusto de conocer á muchos jóvenes de Córdoba *ardientemente afectos*, como dicen en español, al *cultivo de las musas*, frâncos, vivos, con un mundo de versos en la cabeza y un baño de literatura italiana, de modo que hubo un cambio ardiente y continuo de sonetos, desde el Petrarca á Prati, desde Cervantes á Zorrilla, y una alegre conversacion, y ardientes promesas de escribir, de mandar libros, de ir á Italia, de volver á España, etc., etc.; palabras y nada más, como siempre, pero muy dulces, sin duda alguna.

Al día siguiente salí para Sevilla. En la estacion ví á Frascuelo, Lagartijo y el Cuco, y toda la cuadrilla de toreros de Madrid, que me saludaron con una cariñosa mirada de proteccion. Me metí en un polvoriento coche y cuando el tren se puso en marcha y Córdoba apareció por última vez á mis ojos, la saludé con los versos de un poeta árabe, un poco voluptuosos, si se quiere, para paladares europeos, pero al fin y al cabo muy adecuados á la ocasion.

”¡Adios, Córdoba! Para morar siempre entre tus muros, quisiera vivir más tiempo que Noé, y tener los tesoros de Faraon para gastarlos en vino y en bellas cordobesas de suaves ojos y que invitan á besar.”



SEVILLA



Como el de Toledo á Córdoba, no excita la admiracion el viaje de Córdoba á Sevilla, pero es más bello, si cabe. Siempre bosques de naranjos, olivares enormes, prados cubiertos de flores. A algunas millas de Córdoba se ven las torres arruinadas del formidable castillo de Almodóvar, colocado sobre elevado peñasco que domina inmenso espacio; en Hornachuelos otro viejo castillo en la cumbre de una colina, en medio de un paisaje solitario y melancólico; más lejos la blanca ciudad de Palma, escondida entre espeso bosque de naranjos, circuida de huertas y jardines. Corre el tren por entre campos de doradas espigas, ceñidos por higueras de la India, pequeñas palmeras, bosques de pinos y espesas plantaciones de árboles frutales. A cada instante se ven castillos, colinas, torrentes, esbeltos campanarios de pueblos escondidos entre árboles y azuladas cumbres de lejanas montañas. Pero lo que más llama la atencion son las pequeñas casas de aldeanos esparcidas á lo largo del camino. No recuerdo haber visto una sola que no fuese

blanca como la nieve: la casa blanca, los pozos blancos, blanca la pequeña tapia que rodea el jardín, blancos los aleros de los tejados y las puertas: y todo parece haber sido blanqueado el día antes. Algunas, tienen una ó dos ventanas de forma morisca: otras, variados arabescos sobre la puerta; otras, cubierto el techo con tejas de diversos colores, como casas sarracenas. Por todos lados se ven mantas encarnadas y blancas de los campesinos, sombreros calañeses entre la hierba, fajas de todos colores. Los campesinos que se ven frente á sus casas, ó los que corren para ver pasar el tren, van vestidos como nos los representan los cuadros de hace cuarenta años. Llevan sombrero calañés con grandes alas un poco levantadas, y de copa pequeña y en forma de pilon de azúcar, chaqueta corta, chaleco abierto, pantalones hasta las rodillas, polainas que suben hasta el pantalon y faja alrededor de la cintura. Esta moda, molesta, pero bonita, sienta á maravilla á las formas esbeltas de esos hombres, que prefieren mucho más estar hermosos, aun á costa de su comodidad, á vestir más holgadamente, pero sin gracia. Y pasarán sin duda su media horita todas las mañanas, componiéndose, para lograr que su pantalon haga resaltar las caderas y la bien torneada pierna... Nada tienen de comun con nuestros campesinos del Norte de fisonomía dura y apagados ojos. Estos fijan, sonriendo, sus pupilas en vosotros, cual si dijieran: "¿No me reconocéis?" Lanzan miradas atrevidas á las señoras que se asoman por las ventanillas del vagon; corren á ofreceros un cigarro antes que se lo hayáis pedido; alguna vez responden en verso á vues-

tras preguntas, y son capaces de reirse para mostrar sus blancos dientes... En la Rinconada se empieza á distinguir, siguiendo la vía férrea, el campanario de la catedral de Sevilla, y á la derecha, al otro lado del Guadalquivir, las hermosas colinas cubiertas de olivares, á cuyos piés yacen las ruinas de Itálica. El tren volaba y yo me hablaba á mí mismo á media voz y á medida que las casas se aproximaban, con esa ansiedad llena de deseo y de dicha que se experimenta al subir la escalera de la mujer amada... ¡Sevilla, Sevilla! ¡Allí está! Allí la reina de Andalucía, la Atenas española, la madre de Murillo, la ciudad de los poetas y de los amores, la famosa Sevilla, cuyo nombre pronuncio desde la infancia con sentimiento de viva simpatía! ¡Quién me había de decir, hace algunos años, que yo la había de ver! ¡Y sin embargo esto no es un sueño! ¡Aquellas casas son de Sevilla, aquellos hombres que allí se perciben son sevillanos, aquel campanario que allí miro con mis propios ojos es la Giralda! ¿Yo en Sevilla? ¡Es extraño! Me asaltó un verdadero acceso de risa... ¿Qué hará mi madre en estos momentos? ¡Si ella estuviera aquí! ¡Si aquí estuvieran fulano y mengano! ¡Qué lástima hallarme solo!... Pero hé aquí las casas blancas, los jardines, las callejuelas... Ya nos apeamos... ¡Ah! ¡cuán hermosa es la vida!...

Llegué á una fonda, abandoné en un *patio* mi equipaje y empecé á dar vueltas por la ciudad. Me parecía ver á Cordoba, más grande, enriquecida y embellecida; las calles son más anchas, las casas más altas, los *patios* mayores, pero el aspecto general de la ciu-

dad, el mismo. La misma blancura, la misma red de callejuelas, ese perfume de azahar esparcido por todas partes, esa apariencia oriental que despierta en el corazón sentimientos de tierna melancolía y en el espíritu mil sueños, deseos y visiones de mundos lejanos, de nueva vida, de pueblos desconocidos... de un paraíso tetrestre lleno de amor, de delicias y de paz... En aquellas calles se lee la historia de la ciudad; cada balcon, cada fragmento, cada escultura, cada enrucijada solitaria recuerda la aventura nocturna de un rey, las inspiraciones de un poeta, la historia de una hermosa, un amor, un duelo, un rapto, una fábula, una fiesta. Aquí un recuerdo de María de Padilla, allá de don Pedro, más lejos de Cervantes, de Colón, de Santa Teresa, de Velazquez, de Murillo. Una columna trae al pensamiento la dominación romana; una torre, el esplendor de la monarquía de Carlos V; un alcázar, la magnificencia de la corte musulímica; junto á modestas y pequeñas casas blancas se elevan suntuosos palacios de mármol; las estrechas y tortuosas calles desembocan en anchas plazas plantadas de naranjos; desde una enrucijada desierta y silenciosa se llega con corto rodeo á una calle llena de brillante concurrencia. Y por todas partes se ven, á través de las graciosas verjas de los patios, flores, estátuas, fuentes, salas, paredes cubiertas de arabescos, pequeñas ventanas morunas, ligeras columnas de preciosos mármoles... y en cada ventana, en cada jardín, mujeres vestidas de blanco, medio escondidas, como ninfas tímidas, entre ramas y botones de rosa. De calle en calle llegué á la orilla del Guadalquivir,

vir, paseo de *Cristina*, que es para Sevilla lo que el Lungarno para Florencia. Se goza en aquel punto de un espectáculo encantador... Me acerqué á la Torre del Oro. Esta famosa torre, llamada del Oro, porque allí se encerraba el oro que los barcos españoles traían de América, ó porque el rey don Pedro guardaba en ella sus tesoros, es octógona, formada de tres pisos escalonados, coronada de almenas y bañada por el río. La tradición cuenta que la torre fué construida en tiempo de los romanos y que la favorita de don Pedro vivió en ella mucho tiempo, cuando estaba unida al alcázar por un edificio que fué derribado al construirse el paseo de *Cristina*. Este paseo se extiende desde el palacio del duque de Montpensier hasta la torre del Oro, y se halla completamente sombreado por plátanos de Oriente, encinas, cipreses, saúcos, álamos y otros árboles del Norte, que los andaluces admiran, como admiraríamos nosotros las palmeras y los aloes en los campos del Piamonte y de la Lombardía. Un gran puente echado sobre el río, conduce al barrio de Triana, cuyas primeras casas se ven en la orilla opuesta. Larga hilera de buques, goletas y barcas están anclados en el Guadalquivir, y entre la torre del Oro y el palacio del duque hay continuo vaiven de embarcaciones. Multitud de señoras pasean por las arboledas; turbas de obreros cruzan el puente; se trabaja activamente en los buques; el río tiene reflejos de color de rosa, el aire está embalsamado por las flores y el cielo parece de fuego.

Entré en la ciudad y gocé del maravilloso espectáculo de Sevilla de noche. Los patios de todas las

casas estaban alumbrados; los de las modestas no tenían sino una media claridad, que añadía á su gracia natural la belleza del misterio; los de los palacios, llenos de luces que hacían resplandecer los espejos y centellear los juegos de agua de las fuentes, como si fuesen de bruñida plata, y brillar con mil reflejos los mármoles de los vestíbulos, los mosaicos de las paredes, los cristales de los candelabros. Y se percibía en el interior tal murmullo de mujeres, se oía por todas partes tales ecos de carcajadas y de música, que parecía que uno atravesaba por larga crujía de salas de baile. De cada puerta salía una onda de luz, de perfumes y de armonía. Las calles estaban llenas de gente; entre los árboles de las plazas, bajo los pórticos, al fondo de los paseos, al pié de los balcones, en todas partes se veían ondular blancos vestidos, aparecer y desaparecer en la sombra. Cabezas adornadas con flores aparecían en las ventanas; grupos de jóvenes atravesaban por entre la muchedumbre lanzando alegres gritos; la gente se saludaba y hablaba de la calle á la ventana; y por todos lados se notaba un movimiento, una algazara y una alegría dignos del Carnaval: Sevilla no es más que un inmenso jardín, donde juguetea un pueblo enardecido por la juventud y el amor.

Estos momentos son para un extranjero sumamente tristes. Recuerdo que me dieron tentaciones de dar con mi cabeza contra las paredes. Iba de aquí para allá, turbado, con la frente inclinada y el corazón oprimido, cual si toda aquella gente se divertiera para insultar mi soledad y mi melancolía. Era demasiado

tarde para presentar mis cartas de recomendación y demasiado temprano para meterme en cama. Era esclavo de aquel gentío y de aquella alegría y debía sufrirla todavía por espacio de algunas horas. Quise, para consolarme, no mirar la cara de las mujeres, pero no siempre me salía con la mía, y cuando mis ojos se encontraban por casualidad con dos negras pupilas, el golpe era tanto más violento cuanto más inesperado y mucho más fuerte que si hubiese arrojado el peligro con el corazón sereno. ¡Me hallaba entre aquellas sevillanas, terriblemente famosas! ¡Las veía pasar, colgadas del brazo de sus maridos ó de sus amantes, rozaba sus vestidos, respiraba su aroma embriagador, oía el rumor de sus delicadas palabras y la sangre se me subía á la cabeza en oleadas de fuego! Afortunadamente me acordé entonces de haberle oído decir en Madrid á un sevillano, que el cónsul de Italia acostumbraba pasar la velada en la tienda de un hijo suyo, industrial; busqué aquella tienda, encontré en ella al cónsul, y presentándole una carta de un amigo suyo:—Queridísimo señor—le dije con tono dramático que le hizo reír,—hágame la caridad de socorrerme. ¡Sevilla me causa miedo!

A media noche no había cambiado todavía el aspecto de la ciudad. El mismo gentío discurría por sus calles y las mismas luces brillaban en las casas. Volvíme á la fonda y me metí en mi cuarto con la sana intención de acostarme. Peor que peor. Las ventanas de mi cuarto daban á una plaza donde se agitaba una compacta muchedumbre que daba vueltas alrededor de una banda de música, la cual no ce-

saba de tocar; terminada la música empezaban las guitarras, los gritos de los aguadores, las carcajadas y los cantos; aquello fué toda la noche una bacanal capaz de enloquecer á cualquiera. Tuve un sueño delicioso y fatigoso al mismo tiempo, pero más pesado que alegre. Me pareció que me tenía sujeto á la cama una larguísima trenza negra enroscada en mil vueltas y con infinitos nudos; que sentía sobre mis labios una boca de fuego la cual me cortaba la respiracion, y alrededor de mi cuello dos diminutas pero vigorosas manos que me golpeaban la cabeza contra el mango de una guitarra...

A la mañana siguiente fuí á ver la Catedral. Para describir cual se debe este inmenso edificio, necesario sería tener á mano una colección de todos los adjetivos más gráficos y de todas las comparaciones más atrevidas que hayan brotado de las plumas de los muñidores de hipóboles de todos los países, cada vez que se vieron obligados á describir algo prodigiosamente alto, monstruosamente ancho, espantosamente profundo ó increíblemente grandioso. Cuando hablo de aquella catedral con los amigos, sin darme cuenta de ello, hago yo propio como el Mirabeau de Víctor Hugo, un *colosal movimiento de bombros*, hincho los carrillos, voy ahuecando la voz poco á poco, á semejanza de Tomás Salvini en la tragedia *Sansone*, cuando con acento que hace estremecer á las butacas, dice que siente crecer el vigor de sus nervios. Hablar de la catedral de Sevilla cansa como sonar un instrumento muy grande ó sostener una conversacion de un lado á otro de un torrente sonoro.

La catedral de Sevilla está aislada en medio de vastísima plaza, de modo que puede abarcarse su grandezza de un sólo golpe de vista. En el primer momento pensais en las palabras famosas que profirió el capítulo de la primitiva iglesia, al decretar el día 8 de Julio de 1401 la construccion de la catedral: "Levantemos un monumento tal, que haga exclamar á las gentes futuras que nosotros eramos locos." Aquellos reverendos canónigos lograron por cierto su intento. Pero para cerciorarse de ello es preciso penetrar en aquella iglesia. Su aspecto exterior es grandioso y magnífico, pero no puede compararse con su interior. Falta la fachada: un alto muro circuye todo el edificio á modo de fortaleza. Por más vueltas que se le dé, y por más que se mire, no se logra fijar en la mente un contorno único que, semejante al epígrafe de un libro, nos proporcione clara idea del plan de la obra:—¡Es inmenso!—pero no quedamos satisfechos, y entra uno en la iglesia cautelosamente, deseando experimentar un sentimiento de maravilla más completo.

En el primer momento se queda uno aturdido y perdida la cabeza, cual si se hallara en un abismo. Por algunos instantes no hace más que describir con la mirada inmensas curvas por aquel inmenso espacio, para asegurarse de que la vista no engaña y la fantasía no nos alucina. Despues se acerca uno á un pilar, lo mide y mira los otros más lejanos. Son grandes como torres, y parecen, no obstante, tan sutiles que uno tiembla á la idea de que sostienen todo el edificio. Se recorren todos, uno á uno, con mirada rápi-

da desde el pavimento hasta la bóveda y parece que se pueden contar los momentos que en ello emplea la mirada. Hay cinco naves, en cada una de las cuales cabría una gran iglesia. En la del centro podría pasearse otra catedral con la cabeza erguida, su cúpula y su campanario. Forman un total de sesenta y ocho bóvedas, tan atrevidas, que cuando se miran se ensanchan y se elevan lentamente.

Todo es enorme en esta catedral. El altar mayor, situado en el centro de la gran nave, tan alto que casi llega á la bóveda, parece construido para curas gigantes, á los cuales los demás altares no llegan á la rodilla; el cirio pascual, un palo de navío; el candelabro de bronce que lo sostiene, un museo de escultura y cincelado, merecedor por sí sólo de la visita de todo un día. Las capillas son dignas de la iglesia: se han prodigado en ellas las obras maestras de sesenta y siete escultores y de treinta y ocho pintores. Montañés, Zurbaran, Murillo, Valdés, Herrera, Roldan, Roelas, Campana, han dejado allí mil huellas de sus manos inmortales. La capilla de San Fernando, que guarda los sepulcros de este rey, de su esposa Beatriz, de Alfonso el Sabio, del célebre ministro Florida-Blanca y de otros personajes ilustres, es una de las más bellas y ricas. El cuerpo del rey Fernando, que libró á Sevilla de la dominacion de los árabes, vestido con su colete guerrero, con la corona y el manto real, descansa en una urna de cristal cubierta con un velo; á un lado tiene la espada que llevaba el día que entró en Sevilla; al otro el baston, emblema de mando. En esta misma capilla se conserva una pequeña

Virgen de marfil, que el rey Santo llevaba consigo á la guerra, y otras reliquias de gran valor. En las demás capillas hay grandes altares de mármol, tumbas de estilo gótico, estatuas de piedra, de madera de plata, encerradas en grandes cajas de cristal, con la cara y las manos cubiertas de diamantes y rubíes. Y cuadros maravillosos que por desgracia no reciben bastante claridad de la débil luz que descende de los altos ventanales, y no pueden, por lo mismo, ser admirados en toda su belleza.

Pero despues de un exámen detallado de las capillas, lienzos, esculturas, se vuelve siempre á admirar la catedral por sí misma, en su grandioso, ó por mejor decir, en su formidable aspecto. Despues de haberse lanzado á esas alturas vertiginosas, la mirada y la inteligencia vuelven al suelo fatigadas, para tomar aliento y remontarse de nuevo. Las imágenes responden á la grandiosidad de la basílica: ángeles desmesurados, monstruosas cabezas de querubes, con las alas grandes como velas de barco, é inmensos mantos azules que flotan. La impresion que produce esta catedral es puramente religiosa, pero no triste. Es un sentimiento que trasporta el espíritu á espacios sin fin y á aquellos misteriosos silencios en los cuales se anegaba el alma de Leopardi: sentimientos llenos de desseo y valentía; el vértigo voluptuoso que se siente al borde de un abismo, el tumulto y confusion de grandes pensamientos, el divino terror de lo infinito.

Así como es la catedral más variada de España (pues la arquitectura gótica, la germánica, la greco-romana, la árabe, y la que se llama vulgarmente

plateresca han dejado sus huellas impresas), es también la más rica y la más privilegiada. En la época del mayor poderío del clero se quemaban en ella veinte mil libras de cera al año; se celebraban en ochenta altares, quinientas misas al día; el vino que se consumía en los sagrados sacrificios subía á la increíble cantidad de diez y ocho mil setecientos cincuenta litros. Los canónigos tenían una servidumbre que hubiera bastado para monarcas; iban á la iglesia en soberbias carrozas tiradas por magníficos caballos y se hacían abanicar por los clérigos menores, mientras decían la misa, con abanicos adornados de plumas y perlas, derecho que les había sido otorgado por el Papa, y que algunos aprovechan todavía hoy. Es inútil hablar de las fiestas de la Semana Santa, pues son siempre famosas en todo el universo, y acuden á ellas gentes de todos los puntos de Europa.

Pero el más curioso privilegio de la catedral de Sevilla, es la danza llamada *de los seis*, que se efectúa todas las tardes al anochecer, durante ocho días consecutivos, despues de la fiesta del *Corpus Christi*. Como me hallaba en Sevilla en aquella época, fuí á verla y me parece digna de ser descrita. Por lo que me habían dicho, presumía que debía ser una paparrucha escandalosa, y entré en la iglesia dispuesto á indignarme por la profanacion del santo lugar. La iglesia estaba sombría: solo el altar mayor se veía iluminado, rodeado de una muchedumbre de mujeres arrodilladas. Algunos sacerdotes se hallaban sentados á derecha é izquierda del altar; sobre las gradas había un gran tapiz extendido; dos hileras de chiquillos

de ocho á doce años, vestidos de caballeros españoles de la Edad Media, con sombrero de plumas y media blanca, estaban alineados unos delante de otros, enfrente al altar. A una señal que hizo un sacerdote, una suave música, ejecutada por violines, rompió el profundo silencio de la iglesia y los dos bandos de niños se pusieron en movimiento, con un paso de contradanza, separándose, entrelazándose y reuniéndose de nuevo con mil vueltas graciosas. Despues entonaron todos á la vez un canto melodioso y alegre, que resonó en la vasta catedral como coro de ángeles. Un instante despues acompañaron su canto y su danza con el ruido de las castañuelas. Ninguna ceremonia religiosa me ha emocionado nunca tanto como aquella. Es imposible describir el efecto que producen aquellas voces infantiles retumbando por aquellas bóvedas; aquellos pequeños seres al pié de aquel enorme altar; aquella danza modesta, hasta humilde, aquellos trajes antiguos, aquella muchedumbre arrodillada y aquellas tinieblas que lo envuelven todo. ¡Al salir de la iglesia tenía el alma serena como si hubiera rezado!

A propósito de esta danza me contaron una anécdota curiosa. Hace dos siglos, un arzobispo de Sevilla, á quien pareció que no se veneraba de un modo muy conveniente á Dios por medio de ese rito de contradanzas y castañuelas, quiso prohibir la ceremonia. Aquella determinacion produjo mucho ruido: el pueblo se rebeló, los canónigos pusieron el grito en el cielo, y el arzobispo se vió obligado á recurrir al Papa. Éste, picado de curiosidad, quiso ver con sus

propios ojos aquel baile infantil, para juzgar despues con conocimiento de causa. Los niños fueron llevados á Roma con sus trajes de caballeros, entraron en el Vaticano y fueron presentados al Papa, en cuya presencia cantaron y bailaron. Su Santidad se rió sin desaprobár el baile, y queriendo contentar á tirios y troyanos, esto es, á los canónigos y al arzobispo, decidió que los niños pudiesen seguir su baile hasta que hubiesen estropeado los trajes y que despues se considerase abolida aquella ceremonia. El arzobispo se rió, los canónigos se rieron tambien, como gentes que tenían pensado el ardid para burlar á la vez al arzobispo y al Padre Santo. Y con efecto: renovan cada año una parte del vestido de los niños, de modo que nunca pudiera decirse que todo el traje estaba usado, y el arzobispo, que como hombre escrupuloso tomó al pié de la letra la sentencia de Su Santidad, no pudo nunca oponerse á la celebracion de la solemnidad. Se siguió bailando, se baila y se bailará mientras plazca á los canónigos y al buen Dios.

Cuando iba á salir de la iglesia, un sacristan me hizo señá, me llevó á la parte posterior del coro y me enseñó una piedra del pavimento en la cual leí una inscripcion. Bajo aquella piedra están sepultados los huesos de Fernando Colon, nacido en Córdoba y muerto en Sevilla el día 12 de Julio de 1536, á la edad de cincuenta años. Bajo la inscripcion se leen algunos dísticos latinos, cuya traduccion es esta: "Qué importa que yo haya regado con mis sudores el universo entero; que haya recorrido por tres veces el Nuevo mundo descubierto por mi padre; que haya

embellecido las orillas del tranquilo Bétis, y preferido mi sencilla vida á las riquezas, para reunir á tu alrededor las divinidades de la fuente de Castalia y ofrecerte los tesoros recogidos antiguamente por Ptolomeo, si tú, pasando en silencio sobre esta piedra, no tienes un saludo para mi padre y para mí un amistoso recuerdo?"—El sacristan, más enterado que yo, me explicó esta inscripcion. Fernando Colon fué, de muy jóven, paje de Isabel la Católica y del príncipe don Juan; viajó por las Indias con su padre y su hermano el almirante don Diego; siguió al emperador Cários V en sus campañas; hizo otros viajes al África, Asia y América; y recogió por todas partes, á fuerza de fatigas y de dispendios, libros sumamente curiosos, con los cuales formó una biblioteca que despues de su muerte pasó á manos del cabildo de la catedral; donde se encuentra todavía bajo el pomposo título de Biblioteca Colombina. Antes de morir escribió los dísticos latinos que se leen en la losa de su tumba, manifestando el deseo de ser enterrado en la catedral. En los últimos momentos de su vida, pidió ceniza, se cubrió con ella el rostro, pronunciando las palabras de la Santa Escritura: "*Memento homo, quia pulvis est,*" entonó el *Te-Deum*, sonrió y exhaló el último suspiro con la tranquilidad de un santo. Experimenté en seguida ardientes deseos de ver la biblioteca, y salí de la iglesia.

Un *cicerone* me detuvo preguntándome si había visto el *Patio de los Naranjos*, y como le dijese que no, me llevó á verlo. Este patio se halla situado en la parte Norte de la catedral, circuido por un almenado

muro. En el centro se eleva una fuente, rodeada de espeso bosque de naranjos, y á un lado, junto al muro, se ve un púlpito de mármol, donde predicaba San Vicente Ferrer, segun cuenta la tradicion. En el emplazamiento de este patio, que es muy grande, se hallaba la antigua mezquita, que fué construida á fines del siglo xii, segun se cree. A la sombra de los naranjos y junto á la fuente, los buenos de los sevillanos van á tomar el fresco *en las ardientes siestas del estío*. Allí no se siente piedad; tan solo se recuerda el voluptuoso paraiso de Mahoma, merced al aspecto de la espléndida verdura, al suave oreo del aire embalsamado, y al influjo de alguna beldad de grandes ojos que de cuando en cuando pasa por allí, lanzando ardientes miradas á través de los lejanos árboles.

La famosa Giralda de la catedral de Sevilla es una antigua torre árabe, construida, segun afirman, el año 1000, con arreglo al plano del arquitecto Gaver, inventor del álgebra. Fué modificada en su parte superior despues de la expulsion de los árabes, y convertida en campanario cristiano, si bien conserva todavía el aspecto árabe y recuerda más el desaparecido estandarte de los vencidos que la cruz que en vano le han impuesto los vencedores. Es un monumento que causa un efecto nuevo: hace sonreír. Es desmesurado é imponente como las pirámides de Egipto, y al propio tiempo alegre y gracioso como un kiosko. Se reduce á una torre cuadrada, de ladrillo, de hermoso color de rosa, sin adornos hasta cierta altura y adornada despues hasta lo alto con pequeñas ventanas mori cas, abiertas aquí y allá, como al azar, y guar-

necidas con pequeños balcones que producen lindo efecto. En el piso donde descansaba antiguamente un techo de diversos colores, rematado en una cúpula de hierro que sostenía cuatro enormes bolas doradas, se eleva el campanario cristiano, de tres pisos: el primero ocupado por las campanas, el segundo circuido de una balaustrada y el tercero formado por una especie de cúpula, sobre la cual dá vueltas como veleta, una colosal estátua de bronce dorado representando la Fé, teniendo en una mano una palma y en la otra un estandarte, visible á gran distancia de Sevilla y que, cuando el sol la hiere, brilla cual enorme rubí engastado en la corona de un rey titan que gobernase con la mirada todo el valle de Andalucía.

Subí hasta la cúpula, quedando plenamente pagado de las fatigas de la ascension. Sevilla, blanca como una ciudad de mármol, rodeada de una guirnalda de jardines, de bosques y paseos, en medio de un campo sembrado de quintas y alquerías, aparece ante los ojos con toda la pompa de su belleza oriental. El Guadalquivir, surcado por infinitos barcos, la atraviesa y abraza, describiendo ancha curva. Aquí la torre del Oro dibuja sus formas graciosas sobre las azules aguas del río; allá el Alcázar ostenta sus torres austeras; más léjos los jardines del duque de Montpensier, á vista de pájaro, tienden una inmensa sábana de verdura. La mirada penetra en la Plaza de toros, en los jardines de los palacios, en los *patios* de las casas, en los claústros de las iglesias, en todas las calles que desembocan alrededor de la catedral. En lontananza se ven los pueblos de Santi-Ponce,

Algaba y otros que aparecen sobre la colina; á la derecha del Guadalquivir el gran barrio de Triana; de un lado, muy lejanas, las dentelladas crestas de Sierra Morena; de otro, nuevas montañas que ofrecen infinitas tintas violadas, y por encima de este maravilloso panorama, el cielo más puro, más trasparente, más encantador que haya jamás sonreído á la mirada del hombre.

De la Giralda fuí á ver la Biblioteca Colombina, instalada en un antiguo edificio, cerca del *Patio de los Naranjos*. Despues de haber ojeado una coleccion de misales, bñlias, manuscritos preciosos, uno, sobre todo, atribuido á Alfonso el Sabio, intitulado: *El Libro del Tesoro*, escrito con mucho esmero en antigua lengua española; despues de haber visto todo eso, ví,—permitidme que lo repita,—ví con mis propios y humildes ojos, y conteniendo con la mano mi corazón, que parecía querérseme salir del pecho, un tratado de cosmografía y astronomía en latin, con las márgenes cubiertas de notas escritas por la propia mano de Cristóbal Colon. Había estudiado este libro, mientras alimentaba su grandioso deseo en el alma; había velado sobre aquellas páginas, las había tocado. Tal vez su divina frente en las vigiliás fatigosas se había reclinado con el abandono del cansancio sobre aquel pergamino y lo había regado con su sudor. ¡Es una idea que trasporta! Pero tambien hay otra cosa. Vi un escrito de la mano de Colon, donde se hallan reunidas todas las profecías de los historiadores profanos y sagrados que hicieron referencia al descubrimiento de un nuevo mundo; escrito del cual se servía

á lo que parece, para obligar á los soberanos de España á proporcionarle los medios necesarios al intento de su empresa. Hay, entre otros, un pasaje de la *Medea*, de Séneca, que dice; "*Venient annis sæcula seris, quibus oceanus vincula rerum laxet, et ingens pateat tellus.*" Y en el volúmen de Séneca, que se encuentra tambien en la Biblioteca, se halla junto al pasaje citado, una llamada de Fernando Colon, que dice: "Esta profecía fué realizada por mi padre el almirante Cristóbal Colon, el año 1492." Mis ojos se llenaron de lágrimas; hubiera querido estar solo en aquel sitio para besar aquellos libros, para rasgar un pequeño pedazo y llevarlo conmigo como cosa santa. ¡Cristóbal Colon! ¡Yo he visto su letra! ¡Yo he tocado las hojas que él tocó! ¡Yo lo he sentido cerca, cerca de mí! Al salir de la Biblioteca, ¡yo no sé!... me hubiera arrojado entre las llamas para salvar á un niño, me hubiera despojado de todo para socorrer á un pobre, hubiera hecho con aiegría cualquier enorme sacrificio. ¡Me sentía tan rico!...

Despues de la Biblioteca el Alcázar. Pero antes de llegar al Alcázar, con todo y con hallarse en la misma plaza que la catedral, pude saber lo que era el sol de Andalucía. Sevilla es la ciudad más calurosa de España; aquella era la hora más ardiente del día y me encontraba en el sitio más sofocante de la ciudad. Estaba sumergido en un océano de luz. Ni una puerta, ni una ventana abierta, ni un sér viviente fuera de las casas; si me hubiesen dicho que Sevilla estaba des poblada, lo hubiera creído. Atravesé lentamente la plaza entornando los ojos, haciendo visajes, con el